

La homilía al servicio de la Palabra de Dios y de las necesidades de los fieles*

Jesús envió a sus discípulos a predicar el evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15). Por ello, la Iglesia, fiel a este mandato de su Señor, ha explicado pública y oficialmente el evangelio juntamente con los aspectos específicos de la fe y de la vida cristiana. Dentro de las múltiples formas de la predicación (evangelizadora, catequética...), destaca aquella predicación que forma parte de la celebración litúrgica, particularmente la misa, llamada homilía donde un ministro ordenado, tras las lecturas bíblicas, expone, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana¹. También en las iglesias y oratorios se da otro tipo de predicación fuera de la liturgia de la palabra de la eucaristía, denominada popularmente «sermón», que versa habitualmente sobre el dogma o la moral de la Iglesia, la cual puede estar al cargo no sólo de los ministros ordenados, sino también de los religiosos o de los fieles laicos². En aquellas ocasiones que se permite a un laico llevar a cabo un rito litúrgico, el sacramento del matrimonio o algunas bendiciones del *Bendicional*, se menciona que éste puede hacer, tras la proclamación de la sagrada Escritura, una exhortación que explique las lecturas bíblicas para que perciban el significado de la celebración; pero nunca se habla de homilía.

En estas páginas vamos a centrar nuestra atención en la homilía, uno de los elementos integrantes de la liturgia que recuperó

* Ponencia impartida el 21 de octubre de 2010 en las Jornadas Nacionales de Liturgia dedicadas a los retos y esperanzas de la renovación litúrgica, organizadas por la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española en León del 19 al 22 de octubre de 2010. Actualizada con la documentación posterior de la Santa Sede, relativa a la homilía.

¹ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 52; *Código de Derecho Canónico*, 767 §1.

² Cf. *Código de Derecho Canónico*, 763-766.

su esencia originaria gracias al Concilio Vaticano II dando nuevamente valor a su punto de partida, esto es, la palabra de Dios, y a sus destinatarios, esto es, los fieles. De ahí que hayamos titulado esta reflexión: la homilía al servicio de la palabra de Dios y de las necesidades de los fieles. Ahora bien, también trataremos otras características de la homilía.

1. La homilía en la renovación litúrgica postconciliar

Vamos a partir, antes de desarrollar los distintos rasgos de la homilía, de la revaloración que el Concilio Vaticano II le dio, recuperando así su ser en la renovación litúrgica postconciliar. Por ello está presente tanto en los nuevos libros litúrgicos como en la legislación canónica. Para poder comprender esta renovación, conviene que recorramos antes brevemente la historia de la misma de modo que conozcamos sus orígenes, su cambios históricos y su situación antes de la reforma litúrgica postconciliar.

1.1. Breve recorrido histórico

Raíces

La homilía forma parte de la liturgia desde sus orígenes, siendo una herencia judía. El culto sinagoga sabático constaba de la lectura de los textos bíblicos seguidos de un comentario homilético³. En el libro de Nehemías se nos dice que, tras el exilio, al encontrar las sagradas Escrituras, «los levitas... leían el libro de la Ley de Dios con claridad y explicándolo de forma que comprendieran la lectura» (Neh 8,8). Sabemos, además, por los evangelios, que el mismo Jesús tomó un día la palabra en la sinagoga de Nazaret, después de haber proclamado un pasaje del profeta Isaías (cf. Lc 4,15-22).

³ Cf. M. McNAMARA, *I Targum e il Nuovo Testamento. Le parafrasi aramaiche della Bibbia ebraica e il loro apporto per una migliore comprensione nel Nuovo Testamento* (Studi biblici), Edizioni Dehoniane Bologna, Bologna 1978, 61.

Jesús, tras resucitar, como preámbulo de la «eucaristía» con los discípulos de Emaús, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27). Y Pablo también dirigía la palabra a las comunidades que visitaba en el marco de la eucaristía (cf. Hch 20,7.11).

Primeros siglos

El testimonio más antiguo que ha llegado a nuestros días que describe la celebración de la eucaristía, la *Apología* de san Justino de mediados del siglo II, señala que en la asamblea dominical «cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas»⁴. En ese mismo siglo se sitúa la amonestación de la *Segunda Carta de Clemente* que nos indica que los presbíteros predicaban en las celebraciones: «no parezcamos creyentes y atentos sólo cuando nos amonestan los presbíteros, sino también una vez de regreso en nuestras casas, recordemos los preceptos del Señor»⁵. E, igualmente, también en aquél tiempo, Ignacio de Antioquía invitaba a Policarpo de Esmirna a «hacer una homilía contra los oficios deshonestos»⁶.

En los siglos posteriores encontramos grandes homiletas, particularmente en los siglos IV-V como Basilio, Juan Crisóstomo, León Magno, Ambrosio y Agustín; anteriormente habían destacado Cipriano y Orígenes, y más tarde el papa Gregorio Magno⁷. Estas homilias eran consideradas como una «conversación familiar de un pastor de almas con su pueblo durante una acción litúrgica, a partir de un texto bíblico sugerido por la liturgia»⁸.

⁴ JUSTINO, *Apología primera* 67.

⁵ CLEMENTE, *Segunda carta* 18, 3.

⁶ IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Epistola a Policarpo* 5, 1.

⁷ Cf. A. OLIVAR, *La predicación cristiana antigua* (Biblioteca Herder – Sección de Teología y Filosofía 189), Herder, Barcelona 1991.

⁸ J. LECLERCQ, *Liturgie et les paradoxes chrétiens* (Lex Orandi 36), Du Cerf, Paris 1963, 208.

Medioevo

En la alta edad media la predicación cristiana dentro de la misa decayó. Así, en el *Ordo Romanus I* no se hace mención alguna de la homilía, igualmente ocurrirá en varios *ordines* posteriores⁹. La homilía, además de separarse de la celebración, pasó a ser temática, perdiendo la referencia a los textos bíblicos y la conexión con la realidad de los fieles¹⁰.

Las nuevas órdenes mendicantes, particularmente los dominicos, se dedicaron a la predicación, pero no como en los tiempos patrísticos que partían de las lecturas bíblicas de la celebración litúrgica, sino que convierten la homilía en catequesis doctrinales o morales alejadas de la temática que ofrecía la liturgia; propiamente eran sermones.

Surge incluso la predicación fuera de la misa, en las llamadas misiones populares. A veces se incluyen en la misa, pero ajenas a la misma, esto es, durante la celebración de la eucaristía un predicador, desde el púlpito, dirigía su palabra a los fieles.

Desde el Concilio Trento hasta el Concilio Vaticano II

El Concilio de Trento al tratar del sacrificio de la misa, en la sesión 22^o del 17 de septiembre de 1562, ordenó «a los pastores y a cada uno de los que tienen cura de almas, que frecuentemente, durante la celebración de las misas, por sí o por otro, expongan algo de lo que en la misa se lee, y entre otras cosas, declaren algún misterio de este santísimo sacrificio, señaladamente los domingos y días festivos»¹¹. Tal y como se ve en la redacción del texto, la homi-

⁹ El *Ordo Romanus X*, que no procede de Roma, habla del sermón o predicación, condicionándolo sin embargo a la voluntad del obispo (cf. *Ordo Romanus X*, 32).

¹⁰ Cf. L. DELLA TORRE, «Homilía», en D. SARTORE – A. M. TRIACCA (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Paulinas, Madrid 1987, 1022-1023.

¹¹ DH 1749.

lía no formaba parte de la celebración ya que ésta se hacía «durante la celebración de las misas».

El *Código de Derecho Canónico* publicado en 1917 mantuvo esta misma disposición¹² aunque especificando el contenido de la predicación: «Hágase una breve explicación del evangelio o de alguna parte de la doctrina cristiana»; Trento había sido más genérico: «expongan algo de lo que en la misa se lee».

El nuevo *Código de Rúbricas* publicado en 1960 prohibió la práctica de predicar durante la misa, recuperando la homilía su lugar originario, esto es, tras la proclamación de las lecturas: «Tras el evangelio, principalmente los domingos y fiestas de precepto, hágase una breve homilía para el pueblo, si se considera oportuno. La homilía, hecha por otro sacerdote o por el celebrante, no se superponga a la celebración de la misa, impidiendo la participación de los fieles. La celebración de la misa se interrumpe y solamente cuando acaba la homilía se reemprende»¹³. Pero seguía sin formar parte de la celebración litúrgica ya que la homilía se consideraba una interrupción de la misa.

1.2. Renovación conciliar

A las puertas del Concilio Vaticano II la situación de la homilía era la siguiente: estaba recomendada los domingos y festivos, pero no era obligatoria nunca; no formaba parte de la celebración; se hacía durante la misa, aunque Juan XXIII con el nuevo *Código de Rúbricas* corrigió esta práctica; las lecturas bíblicas proclamadas en la liturgia de la palabra no eran el punto de referencia del contenido de la homilía, más aún, en algunas diócesis se habían preparado esquemas de predicación en clave catequética.

¹² Cf. *Código de Derecho Canónico* (1917), 1344-1345.

¹³ *Código de Rúbricas*, 474.

Sacrosanctum Concilium

Gracias al sustrato preparado por el movimiento litúrgico de la primera mitad del siglo XX, y también por influencia del contemporáneo movimiento bíblico, el Concilio Vaticano II en su primera constitución *Sacrosanctum Concilium*, publicada en 1963, manifestó que la homilía es una parte integrante de la celebración litúrgica, que ésta debe estar en consideración los textos bíblicos y litúrgicos, y que es obligatoria en las misas de los domingos y fiestas de precepto (cf. núms. 24, 35 §2 y 52).

Inter Oecumenici

Al poco tiempo de la promulgación de la *Sacrosanctum Concilium*, en 1964, la Sagrada Congregación de Ritos y el *Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia* publicaron la instrucción *Inter Oecumenici*, el primer documento para la debida aplicación de la constitución conciliar sobre liturgia. Respecto a la homilía, en primer lugar, añadió a la normativa conciliar, la recomendación de predicar en algunas otras ocasiones. En segundo lugar, explicó cómo debía entenderse la inspiración de la homilía en los textos sagrados. Y, finalmente, afrontó el tema de los esquemas de predicación que habían sido objeto de la discusión conciliar y que en muchas diócesis eran de uso habitual (cf. núms. 53-55).

Ordenación General del Misal Romano

La *Ordenación General del Misal Romano*, que encabezaba este libro litúrgico publicado en 1970, recogía en sus números 41, 42 y 97 lo indicado respecto a la homilía en *Sacrosanctum Concilium* e *Inter Oecumenici*, añadiendo que la hace ordinariamente el mismo sacerdote celebrante desde la sede o desde el ambón.

Posteriormente, en la tercera edición típica del *Misal* que vio la luz en el año 2002, fue desarrollada la frase que concluía el número 42 de la segunda edición de la *Ordenación General del Misal Romano* (núm. 66 en la tercera edición típica), esto es, aquella que

hablaba del ministro de la homilía pues había habido nuevas directrices al respecto, que más adelante comentaremos, y se indicó también la oportunidad de guardar un momento de silencio al término de la misma. Se especificó, por otra parte, el lugar desde donde se puede hacer la homilía, ampliando así el número 97 de la citada segunda edición de la *Ordenación General del Misal Romano* (núm. 136 de la tercera edición típica).

Ordenación de las Lecturas de la Misa

La *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, publicada en el año 1969, vio una segunda edición en el año 1981 donde fueron ampliados sus *praenotanda* incluyéndose cinco números, del 24 al 27 y el 41, recogiendo la mencionada enseñanza sobre la homilía enriquecida con algunos otros aspectos de la misma como su finalidad, su duración, el lugar desde donde se pronuncia...

Código de Derecho Canónico

La normativa litúrgica formó parte del *Código de Derecho Canónico* promulgado en 1983. El canon 767 trata la homilía, dentro del apartado dedicado a la predicación de la palabra de Dios:

El 20 de junio de 1987, la Pontificia Comisión para la Interpretación Auténtica del *Código de Derecho Canónico* emitió su voto negativo a la posibilidad de que el obispo diocesano dispensara de la reserva de la homilía al ministro ordenado dictaminada en el canon 767 §1¹⁴.

Partir el pan de la palabra

Algunas conferencias episcopales prepararon documentos o directorios sobre la homilía, como por ejemplo la Conferencia Episcopal Española que en 1990 publicó unas orientaciones sobre el ministerio de la homilía bajo el título *Partir el pan de la palabra*.

¹⁴ Cf. *AAS* 79 (1987) 1249.

Ecclesia de mysterio

La instrucción dedicada a algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes titulada *Ecclesia de mysterio* que el 15 de agosto de 1997 aprobaron ocho dicasterios romanos (Congregación para el Clero, Pontificio Consejo para los Laicos, Congregación para la Doctrina de la Fe, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Congregación para los Obispos, Congregación para la Evangelización de los pueblos, Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos) tenía un artículo, el tercero, dedicado a la homilía.

Se recordaba que está reservada la homilía al ministro ordenado, no pudiendo confiar nunca la predicación a los laicos, aunque sean seminaristas, ni a aquellos que han perdido el estado clerical o abandonado el ejercicio del ministerio sagrado. Se indica que sí que caben en la homilía testimonios en particulares jornadas (jornada del seminario, del enfermo). También existe, algunas veces, la posibilidad del diálogo.

Redemptionis Sacramentum

La instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la eucaristía *Redemptionis sacramentum* publicada el 25 de marzo del 2004 por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, advertía algunas observaciones respecto a la homilía en el contexto de la santa misa (cf. núms. 64-68 y 78).

Desde una perspectiva más bien jurídica, indicaba que corresponde hacer la homilía a los ministros ordenados (sacerdote o diácono) y no a los fieles laicos; e insta al obispo diocesano a vigilar y ayudar a los ministros para que capten la importancia del «carácter de la homilía». Es sobre todo el número 67 de dicha instrucción el que aporta algunas indicaciones más interesantes al respecto, relacionando la homilía con los textos bíblicos proclamados, con

los textos litúrgicos de la celebración y con los acontecimientos de la vida de los fieles.

Sacramentum caritatis

El 2 de octubre del 2005 iniciaba la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos con el tema *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia*. En el número 47 del *Instrumentum laboris* publicado el 7 de julio del mismo año se hace referencia a «homilías mistagógicas» y «homilías temáticas». Con las primeras se pide «introducir a los fieles en los misterios sagrados que se están celebrando». Partiendo de las lecturas proclamadas se pide iluminar con la luz de Jesucristo la vida de cada uno de los fieles. Con las segundas, se piensa en una serie de homilías que «durante el curso de un año litúrgico puedan presentar los grandes temas de la fe cristiana». Es la primera que aparece la expresión «homilía temáticas».

El trabajo del Sínodo presentado al papa dio fruto en la Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, publicada por Benedicto XVI el 22 de febrero del 2007, que dedica el número 46 a este tema. Es un número sintético que habla de la homilía como «parte de la acción litúrgica» e invita a los ministros ordenados a prepararla bien para evitar «homilías genéricas y abstractas», para relacionar la Palabra de Dios proclamada con la celebración sacramental y la vida de la comunidad. Y recoge la propuesta ya presente en el *Instrumentum laboris* de las «homilías temáticas».

Verbum Domini

Del 5 al 25 de octubre de 2008 se celebró en el Vaticano la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, con el tema *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Ya desde los *Lineamenta* aparece el tema de la homilía muy en relación con la cuestión a tratar en el Sínodo. Así, en el número 22, en el contexto general de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, se pide a los padres sinodales prestar especial atención al tema de la

liturgia de la Palabra, al modo de proclamar las lecturas bíblicas; y aparece una breve mención a la homilía pidiendo que sea «resonancia límpida y alentadora de la Palabra, ayudando a interpretar los eventos de la vida y de la historia a la luz de la fe». Es una vaga referencia a la dependencia de la homilía respecto de la Palabra de Dios proclamada y su conexión con la vida de los fieles.

Prosiguen los *Lineamenta* proponiendo una pregunta interesante para la preparación de la futura asamblea sinodal: «¿La homilía es resonancia genuina de la Palabra de Dios? ¿Qué necesidades manifiesta?». El posterior *Instrumentum laboris* recoge las observaciones previas de los padres sinodales y afirma que sobre la homilía se espera «un neto mejoramiento» (núm. 33) y «un mayor empeño en la fidelidad a la palabra bíblica y a la condición de los fieles, ayudándolos a interpretar los eventos de la vida y de la historia a la luz de la fe. La homilía no debería limitarse exclusivamente al aspecto bíblico, sino que sería oportuno que incluyese también temas dogmáticos y morales fundamentales. Con esta finalidad resulta indispensable una adecuada formación de los futuros ministros» (núm. 37).

Insiste, una vez más, que la homilía ha de subrayar la mutua relación entre la Palabra de Dios proclamada y la vida de los fieles. Pero aparece, de nuevo, que en la homilía han de incluirse «temas dogmáticos y morales fundamentales». Evoca la propuesta anterior de las homilías temáticas.

En las proposiciones finales del 25 de octubre del 2008 presentadas al papa, la proposición 15 lleva por título *Actualización homilética y Directorio sobre la homilía*. Sin aparecer como un tema central de las discusiones sinodales, sin embargo, se mantiene la propuesta de un directorio sobre la homilía, que iba tomando cuerpo desde hacía tiempo.

El 30 de septiembre del 2010, el papa Benedicto XVI firmaba la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, que recogía los frutos de la anterior asamblea sinodal y dedicada dos números al tema de la homilía (núms. 59-60).

En el primero (núm. 59), observa la atención que han prestado los padres sinodales a este tema. Recordando la constitución *Sacrosanctum Concilium*, insiste en la naturaleza de la homilía como parte integrante de la celebración litúrgica, como actualización de la Palabra de Dios en la vida de los fieles; insta a evitar homilías genéricas y abstractas, preparando bien la homilía por parte del predicador y, sobre todo, recuerda que el centro del mensaje es mostrar a Cristo.

El segundo (núm. 60), está dedicado a la propuesta de un *Directorio homilético*. Y pide explícitamente la elaboración de un instrumento adecuado, dirigido a los ministros, para ayudarles en la preparación de este ministerio al servicio de la comunidad cristiana. Y lo denomina *Directorio sobre la homilía*.

Evangelii gaudium

Dos años más tarde, el papa Francisco convocó la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos con el tema *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, que se celebró en el Vaticano del 7 al 28 de octubre del 2012.

En el marco general de la evangelización en las circunstancias actuales y la necesidad de reavivar la acción pastoral de la Iglesia, el *Instrumentum laboris* dedica el número 143 al tema de la homilía como instrumento privilegiado para el primer anuncio del evangelio. Para ello pide, de nuevo, que las predicaciones sean preparadas y transmitidas con cuidado, sin olvidar su carácter cristológico.

Tras la asamblea sinodal, se presentaron las propuestas al papa Francisco con las que redactó la primera exhortación apostólica de su pontificado titulada *Evangelii gaudium* y firmada el 24 de noviembre de 2013.

La exhortación se articula en cinco capítulos. Interesa para nuestro tema detenerse en el capítulo tercero, titulado *El anuncio del evangelio*, porque dedica los apartados 2 y 3 al tema que es-

tudiamos: el primero, a la comprensión del sentido propio de la homilía (núms. 135-144) y el otro, a su preparación (núms. 145-159).

En el apartado 2, titulado *La homilía*, podemos distinguir varias ideas fundamentales. Comienza el papa proponiendo a los pastores una seria evaluación sobre el ejercicio personal de este ministerio, que refleja «la cercanía y capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo». Lamenta que muchas veces no sea así, sino que es causa de sufrimiento para los fieles y para el predicador. Advierte, también del carácter de mediador que tiene el predicador entre la Palabra de Dios y su pueblo, porque Dios quiere llegar a los demás por medio de su predicación.

Sitúa la homilía en el contexto litúrgico, más explícitamente en el eucarístico, y la considera de carácter «cuasi-sacramental». Recurre al lenguaje catafático para decir que la homilía no es una meditación, ni catequesis, ni un espectáculo entretenido, ni una clase o charla, ni predicación moralizante, exegética o adoctrinadora, ni siquiera un ejercicio de marketing. ¿Qué es entonces, según él? La define como un diálogo entre Dios y su pueblo.

Después, presta una gran atención al tema de la preparación de la predicación en el apartado 3. Pide a los ministros dedicar tiempo todas las semanas, y «tiempo de calidad», al estudio, oración, reflexión y creatividad pastoral, incluso sabiendo el ritmo de actividades que los urge en estos tiempos: «Un predicador que no se prepara no es espiritual; es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido». Y propone un camino para preparar la homilía: «Invocar al Espíritu Santo... Atender al texto bíblico... Comprender adecuadamente el texto... Poner un oído en el pueblo». Por último, el papa ofrece también una serie de indicaciones prácticas sobre el *cómo*, es decir, la forma concreta de desarrollar la predicación: usar imágenes, ser sencillos y claros y utilizar un lenguaje positivo.

Directorio homilético

Finalmente, el 29 de junio de 2014 la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó un *Directorio homilético*, teniendo como base la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, los prenotandos del *Ordo Lectionum Missae*, la *Ordenación General del Misal Romano* y las exhortaciones apostólicas *Sacramentum caritatis*, *Verbum Domini* y *Evangelii gaudium*.

El *Directorio* se ha estructurado en *dos partes*: la *primera* sobre la homilética en el ámbito litúrgico, estudia la naturaleza e identidad de la homilía, los criterios objetivos para interpretar la Palabra de Dios en la liturgia y las orientaciones en orden a su preparación. La *segunda* parte con el título *Ars praedicandi* ejemplifica las «coordinadas metodológicas y de contenido» que debe conocer el homileta y tenerlas en cuenta al preparar y ejecutar la homilía. Se ofrecen claves de lectura para el ciclo dominical-festivo de la misa arrancando del núcleo del año litúrgico. También se hacen alusiones a las misas feriales, de matrimonio y de exequias. En estos ejemplos se ponen en práctica los criterios evidenciados en la *primera parte*: la tipología, la primacía de la perícopa evangélica, el orden de las lecturas, la conexión entre la liturgia de la Palabra y la eucarística, etc.

El *Directorio* termina con *dos apéndices*. El *primero* con el título *La homilía y el Catecismo de la Iglesia católica*, muestra el nexo entre la homilía y la doctrina de la Iglesia católica en relación con los tres ciclos dominicales (A, B, C), aportando algunas alusiones temáticas del *Catecismo de la Iglesia católica* respecto a las lecturas dominicales. Es muy amplio este apéndice que aporta muchas citas del *Catecismo*. Pero ofrece un material muy rico de contenidos doctrinales y sapienciales. El *segundo* titulado *Fuentes eclesiales postconciliares relevantes sobre la predicación* señala las referencias a los textos de documentos conciliares y postconciliares más destacados sobre la predicación. Se recogen textos de las cuatro Constituciones conciliares y de *Presbyterorum ordinis*, del magisterio de los últimos papas, de los prenotandos de algunos libros litúrgicos,

del *Código de Derecho Canónico* y de documentos de algunas Congregaciones de la Curia Romana.

2. Rasgos esenciales de la homilía

La homilía cuenta con unos rasgos que forman parte de su esencia, unos rasgos que deben estar presentes para que la homilía sea realmente homilía. En primer lugar la homilía, a diferencia de otros tipos de predicación, pertenece a la celebración litúrgica. En segundo lugar, la homilía parte de los textos bíblicos que se proclaman en la liturgia, por ello decimos que debe estar al servicio de la palabra de Dios. En tercer lugar, la homilía está dirigida a una asamblea concreta, por ello decimos que también debe estar al servicio de las necesidades de los fieles. Y, finalmente, la homilía es hecha por un ministro ordenado.

Sin embargo, ha habido momentos en la historia en los que alguno de estos rasgos aparece difuminado o, incluso, no se encuentra. Por ello, en el sentido estricto de la palabra, no podemos decir que en esas épocas hubiera «homilía». En su lugar, encontramos una predicación o un sermón, pero no homilía.

2.1. La homilía, parte de la acción litúrgica

Tras el Concilio Vaticano II la homilía volvió a formar parte de la acción litúrgica. Anteriormente, como hemos señalado en nuestro recorrido histórico, la homilía se realizaba bien al mismo tiempo que la celebración de la misa, deteniéndose la predicación en el momento de la consagración, bien tras la proclamación del evangelio, considerándose como una interrupción de la misa que era retomada al finalizar la predicación.

Pero el Concilio Vaticano II, gracias al impulso del movimiento litúrgico, recuperó el lugar de la homilía dentro de la celebración al

considerarla como una parte de la acción litúrgica¹⁵. De modo que la homilía dejaba de ser un elemento accesorio e incluso ajeno a la liturgia para convertirse en un componente cualificado que actualiza la palabra de Dios, promueve la participación de la asamblea de los fieles en la celebración, ilumina los misterios de la fe y transmite el modo de vida propio de los cristianos¹⁶.

La *Sacrosanctum Concilium* distinguió dos partes en la celebración eucarística: la liturgia de la palabra, también denominada mesa de la palabra, y la liturgia eucarística, también denominada mesa del cuerpo del Señor¹⁷. Ambas son igualmente importantes, hasta el punto de afirmar que «la Iglesia ha venerado siempre las sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo»¹⁸.

La homilía está situada dentro de la primera parte de la celebración, la liturgia de la palabra, que se desarrolla siguiendo este orden: primera lectura, salmo responsorial, segunda lectura –cuando las rúbricas la prescriben–, aleluya o versículo antes del evangelio en tiempo de Cuaresma, evangelio, homilía, símbolo de la fe –cuando las rúbricas lo prescriben– y oración universal. Así, podemos decir que en primer lugar la palabra es proclamada –en las lecturas–, después es explicada –en la homilía–, en tercer lugar es profesada –en el símbolo de la fe– y, finalmente, es rezada –en la oración universal–.

Dado que la homilía forma parte de la celebración litúrgica, no puede ser ajena a la misma. Así que, debe estar adaptada al contexto celebrativo, esto es, no es lo mismo predicar en una eucaristía o en un bautizo o en una boda o en un funeral o en laudes o en vísperas... ni tampoco el mismo texto bíblico tiene la misma re-

¹⁵ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 52.

¹⁶ Cf. *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 24.

¹⁷ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 48. 51.

¹⁸ *Dei Verbum*, 21.

sonancia en el tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma o Pascua. De modo que la propia celebración debe repercutir en la homilía dándole un color u otro. El propio *Misal Romano* nos recuerda que en la homilía hay que tener presente el misterio que se celebra¹⁹; tengamos en cuenta que los propios textos litúrgicos pueden emplearse como fuente de la homilía²⁰. De tal modo que la homilía cumpla así una función mistagógica al conducir al misterio que se celebra mejorando la participación de los fieles.

2.2. La homilía, al servicio de la palabra de Dios

La homilía está, en primer lugar, al servicio de la palabra de Dios. Este es un rasgo sustancia de la predicación que se realiza en el marco de la celebración litúrgica. La fuente de otros tipos de predicación (evangelizadora, catequética...) puede ser otra. Sin embargo, la homilía, para que sea homilía, debe partir de las lecturas bíblicas proclamadas en la celebración. La *Sacrosanctum Concilium* nos lo recuerda: «en la celebración litúrgica la importancia de la sagrada Escritura es sumamente grande pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía»²¹; «las fuentes principales de la predicación serán la sagrada Escritura y la liturgia»²². Y en los libros litúrgicos postconciliares, particularmente la *Ordenación General del Misal Romano* y la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, quedó recogido este principio. La normativa previa era mucho más genérica pues se limitaba a decir que en la homilía se exponía «algo de lo que en la misa se lee», de modo que, normalmente, en la liturgia tenían lugar sermones pero no ho-

¹⁹ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 65.

²⁰ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 35, 2; SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS – CONSILIIUM AD EXSEQUENDAM CONSTITUTIONEM DE SACRA LITURGIA, Primera instrucción general para aplicar debidamente la constitución «Sacrosanctum Concilium» *Inter Oecumenici*, 54; *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 65; *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 24.

²¹ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 24.

²² Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 35, 2.

milias propiamente dichas. Los propios santos padres eran conscientes de que las palabras que dirigían al pueblo en la celebración litúrgica tras la proclamación de las lecturas era un comentario de éstas, tal y como manifiesta el gesto de tener el libro sagrado entre las manos²³.

De modo que, la homilía no es una predicación libre sino una prolongación de las lecturas bíblicas, como hizo Cristo con los discípulos de Emaús que, antes de partir el pan, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27). Se trata, por tanto, de una actualización del mensaje anunciado. En la homilía se explican las lecturas del *Leccionario* para que puedan iluminar el presente que vive la Iglesia, cada cristiano, la sociedad... En la homilía se exponen «a partir del texto sagrado los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana»²⁴. Así la palabra proclamada se convierte en palabra dicha hoy para nosotros.

Este presupuesto exige que el predicador lea y estudie el texto, en primer lugar, ayudado de los medios que le ofrece la exégesis bíblica, para conocer su contexto, su sentido, su finalidad... Y después, lo medite y ore para recibir la luz del Espíritu Santo y así «arda su corazón» como el de los discípulos de Emaús, haciendo una exégesis orante. La reciente exhortación postsinodal *Verbum Domini*, en el número 59, recogiendo la proposición 15 del sínodo de la palabra, señala que los predicadores (obispos, sacerdotes, diáconos) deben preparar la homilía en la oración para que prediquen con convicción y pasión, haciéndose tres preguntas: «¿qué dicen las lecturas proclamadas?, ¿qué me dicen a mí?, ¿qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?»; el predicador tiene que ser el primero en dejarse interpelar por la palabra de Dios

²³ Cf. A. JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa. Tratado histórico-litúrgico* (BAC Normal 68), La Editorial Católica, Madrid 1953, 582; M. RIGHETTI, *Historia de la liturgia 2* (BAC Normal 144), La Editorial Católica, Madrid 1956, 239.

AGUSTÍN, *Tratado 40 de san Juan 1*.

²⁴ *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 24.

que anuncia, porque, como dice san Agustín: pierde tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior». De tal manera que se haga realidad el deseo marcado por la *Ordenación de las Lecturas de la Misa* hacia la homilía: «fruto de la meditación, debidamente preparada»²⁵. En palabras de D. Bonhoeffer «el predicador debe encontrarse de tres maneras con la palabra de Dios: en la mesa de estudio, preparando seriamente su ministerio con la ayuda de los oportunos subsidios y comentarios; en el reclinatorio, orando la palabra que va a predicar, de modo que no sólo sepa hablar “de” Dios, sino ante todo hable “a” Dios en su oración personal; y, finalmente, en el púlpito, dejando que en el momento mismo de su ministerio resuene en él mismo, antes que en sus hermanos, lo que Dios nos comunica»²⁶.

2.3. La homilía, al servicio de las necesidades de los fieles

La homilía se dirige a una asamblea concreta que hay que tenerla en consideración para adaptarse a su situación y a sus necesidades. Acabamos de explicar cómo la homilía debe partir de la palabra de Dios para actualizarla. Por ello, la homilía no puede tener un contenido genérico o abstracto, esto es, no es válida una homilía estándar, sino que debe aplicar la verdad perenne del evangelio a las circunstancias concretas de la vida de la comunidad a la que está dirigida²⁷. De tal manera que los pastores dan «una respuesta más apropiada, tomada de la palabra de Dios, a las circunstancias especiales de sus propias comunidades»²⁸ y los fieles de cualquier lugar del mundo, aunque han escuchado las mismas lecturas, gracias a la reflexión hecha por el ministro ordenado en la homilía,

²⁵ Cf. *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 24.

²⁶ J. ALDIZÁBAL, «Predicación», en C. FLORISTÁN – J. J. TAMAYO (dirs.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trota, Madrid 1993, 1066.

²⁷ Cf. *Presbyterorum ordinis*, 4.

²⁸ *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 63.

las meditan aplicándolas a sus circunstancias concretas²⁹. Así, los acontecimientos de la vida eclesial, social y vital se convierten en clave hermenéutica del texto sagrado que deja de ser letra impresa en un papel para convertirse en palabra «viva y eficaz» (Heb 4,12).

Para hacer realidad que la homilía está al servicio de las necesidades de los fieles es necesario que quien está al cargo de la misma conozca la comunidad que va a tener delante para adaptar su lenguaje y el contenido a su nivel. En la asamblea puede abundar el número de niños o de jóvenes o de personas mayores..., puede estar compuesta exclusivamente por religiosos o religiosas. Y de este modo conseguir que el lenguaje de la homilía sea comunicativo y que los destinatarios la entiendan³⁰. Además, para mantener la atención de los fieles, convendría conocer y poner en juego todas las armas que la oratoria ofrece: expresividad, modulaciones de voz que enfatizen... E incluso, en su justa medida, podrían emplearse medios audiovisuales o informáticos –como diapositivas o proyecciones de ordenador–, escenificaciones o montajes catequéticos³¹, siempre y cuando no obstaculicen el fin propuesto en la homilía, esto es, actualizar la palabra de Dios a la situación vital de la asamblea; ya que podría darse el caso de que los fieles queden impactados por la forma y pierdan el fondo.

2.4. La homilía, prolongación del ministerio profético de Cristo

En la actualidad, la homilía está reservada al ministro ordenado –obispo, presbítero o diácono–, maestro de la fe, que representa a Cristo en la celebración y prolonga en el tiempo su ministe-

²⁹ Cf. *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 62.

³⁰ Sobre este tema puede leerse: T. CABESTRERO, *¿Se entienden nuestras homilias? Necesidad de un lenguaje más comunicativo* (Dossiers CPL 97), CPL, Barcelona 2003.

³¹ Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Directorio para las misas con niños* (10 de noviembre de 1973), 36.

rio profético³². No obstante, es un oficio propio del obispo ya que a éstos les compete, en primer lugar, el deber de predicar la fe como maestros auténticos de la misma³³. Los presbíteros y diáconos ejercen este ministerio en su lugar. Los primeros como colaboradores del ministerio episcopal³⁴ y los segundos como servidores de la palabra³⁵.

La homilía se sitúa en el *munus docendi*, uno de los tres *munera* del ministerio ordenado. Así, tanto al obispo como al diácono, durante el rito de ordenación, se le entrega el evangeliario mientras le dicen «recibe el evangelio y proclama la palabra de Dios con deseo de instruir y con toda paciencia», al primero, y, al segundo, «recibe el evangelio de Cristo del cuál has sido constituido mensajero, convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo y cumple aquello que has enseñado». Al presbítero, en cambio, se le pregunta expresamente en el interrogatorio que abre el rito de ordenación: «¿realizarás el ministerio de la palabra, preparando la predicación del evangelio y la exposición de la fe católica con dedicación y sabiduría?».

Normalmente, es quien preside la celebración el responsable de dirigir sus palabras al pueblo congregado, aunque podría pronunciarla un sacerdote concelebrante o uno de los diáconos asistentes, incluso también un obispo o presbítero presente en la

³² El carácter ministerial de la homilía llevó a que en uno de los esquemas de la *Sacrosanctum Concilium*, el presentado en el aula conciliar el 22 de octubre de 1962, al hablar de la presencia de Cristo en la palabra proclamada se incluyera también la homilía: «Ipse est qui loquitur dum verba acrae Scripturae in Ecclesia leguntur et explicantur» (CONCILIO VATICANO II, *Schemata constitutionum et decretorum. Series I*, Typis Polyglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano 1962, 160). Pero el «et explicantur» no superó el debate conciliar desapareciendo en la siguiente redacción del documento. Incluso en uno de los esquemas de la *Sacrosanctum Concilium*

³³ Cf. *Lumen gentium*, 23-24; *Christus Dominus*, 13; *Ceremonial de los Obispos*, 17.

³⁴ Cf. *Lumen gentium*, 28; *Presbyterorum ordinis*, 4.

³⁵ Cf. *Lumen gentium*, 29; *Christus Dominus*, 15.

celebración pero que no está concelebrando³⁶; no obstante si preside un presbítero y está presente un obispo se prefiere que sea éste quien predique³⁷.

Ya en los orígenes, tal y como testimonia san Justino en su *Apología primera*, estaba reservada a quien presidía la eucarística³⁸. En aquel tiempo, normalmente era el obispo quien presidía la celebración, siendo reemplazado, en su ausencia, por los presbíteros. Incluso en Oriente encontramos en el siglo IV la costumbre de que, si se encontraban en la celebración varios presbíteros, éstos dirigieran la palabra sucesivamente hablando, en último lugar, el obispo³⁹.

Sobre la posibilidad de que un laico haga la homilía, la normativa litúrgica y canónica es muy clara: no está permitido, aunque sean seminaristas, estudiantes de teología, hayan recibido la tarea de «asistentes pastorales» o pertenezcan a otro tipo de grupo, hermandad, comunidad o asociación⁴⁰. El fiel laico puede predicar, esto es, explicar pública y oficialmente la palabra de Dios, no obs-

³⁶ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 65.

³⁷ Cf. *Ceremonial de los Obispos* 175; SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS, Instrucción sobre la simplificación de los ritos e insignias pontificales *Pontificales ritus* (21 de junio de 1968), 24.

³⁸ JUSTINO, *Apología primera* 67.

³⁹ Cf. *Constituciones apostólicas* II, 57, 9; EGERIA, *Peregrinación* 25, 1; JERÓNIMO, *Epístola* 52, 7.

⁴⁰ Cf. *Código de Derecho Canónico*, 767 §1; *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 65; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO – PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS – CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE – CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS – CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS – CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS – CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA – PONTIFICIO CONSEJO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS LEGISLATIVOS, Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes *Ecclesia de mysterio* (15 de agosto de 1997), 3 §1; CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía *Redemptionis Sacramentum* (25 de marzo de 2004), 64-66.

tante siempre y cuando ésta no se haga dentro de la celebración litúrgica, esto es, el tipo de predicación que se denomina «homilía». Así lo especifica el *Código de Derecho Canónico* en su canon 766 y la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* en su artículo 2º. Respecto a la posible dispensa por parte del obispo diocesano de la reserva de la homilía al ministro ordenado prescrita en el canon 767 §1 del *Código*, la Pontificia Comisión para la Interpretación Auténtica del *Código de Derecho Canónico* emitió su voto negativo el 20 de junio de 1987. Este canon abroga cualquier otra norma precedente que admitiera a los fieles no ordenados a hacer la homilía en la celebración eucarística como era el caso del *Directorio para las misas con niños*, publicado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino el 10 de noviembre de 1973, donde en el número 24 estaba permitido que «un fiel adulto, después del evangelio, dirija la palabra a los niños, especialmente si al sacerdote le resulta difícil adaptarse a la mentalidad de los pequeños oyentes». Sí que el fiel laico que dirige una celebración dominical o festiva en ausencia de presbítero puede leer la homilía que ha preparado el párroco⁴¹ y también en aquellas ocasiones que lleva a cabo un rito litúrgico, como el sacramento del matrimonio o algunas bendiciones del *Bendicional* por ejemplo, puede hacer, tras la proclamación de la sagrada Escritura, una exhortación que explique las lecturas bíblicas para que perciban el significado de la celebración, pero no una homilía propiamente. También está permitida la intervención de los laicos en la homilía en particulares jornadas, como el día del seminario, el día del enfermo..., ofreciendo un testimonio ilustrativo que complemente la homilía pronunciada por el sacerdote; ahora bien estos testimonios no deben asumir características tales que llegaran a confundirse con la homilía⁴². De modo que la mención

⁴¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Directorio para las celebraciones dominicales y festivas en ausencia de presbítero* (2 de junio de 1988), 43.

⁴² Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO – PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS – CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE – CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS – CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS – CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS – CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA – PON-

explícita de que la prohibición de admitir a los laicos para predicar dentro de la celebración de la misa alcanza también a los seminaristas⁴³, debe entenderse en el sentido estricto de las palabras, esto es, hacer la homilía propiamente como si se tratara de una práctica para el futuro ministerio, pudiendo dar un seminarista un testimonio vocacional el día del seminario en el marco de la homilía llevada a cabo por el ministro ordenado.

Una prohibición de semejantes características ya la encontramos a mediados del siglo V donde el papa León Magno impide predicar a los monjes y laicos cualquiera que sea el grado de su ciencia, de su enseñar o de su predicar⁴⁴. Un par de siglos antes el obispo de Alejandría, Demetrio, se lamenta de que los obispos Alejandro de Jerusalén y Teocisto de Cesarea dejen predicar a Orígenes en sus respectivas iglesias⁴⁵.

3. Características actuales de la homilía

Junto a los rasgos esenciales expuestos, la homilía cuenta también con otra serie de características que en la actualidad tienen

TIFICIO CONSEJO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS LEGISLATIVOS, Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes *Ecclesia de mysterio* (15 de agosto de 1997), 3 §2.

⁴³ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO – PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS – CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE – CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS – CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS – CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS – CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA – PONTIFICIO CONSEJO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS LEGISLATIVOS, Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes *Ecclesia de mysterio* (15 de agosto de 1997), 3 §1; CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía *Redemptionis Sacramentum* (25 de marzo de 2004), 66.

⁴⁴ Cf. LEÓN MAGNO, *Epístola* 119, 6.

⁴⁵ Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* 6, 19.

una configuración determinada, marcada por la normativa litúrgica y canónica vigente, pero que podría variar, como son el lugar, la obligatoriedad, la extensión, los tipos, la estructura y el silencio.

3.1. Lugar de la homilía

La homilía puede hacerse bien desde la sede bien desde el ambón⁴⁶. Sin embargo, el obispo predica en la cátedra⁴⁷, «signo de su magisterio y de la potestad del pastor de la Iglesia particular»⁴⁸. Y cuando la homilía es confiada a un concelebrante o un diácono asistente, uno u otro deben predicar desde el ambón, ya que la sede está ocupada por el sacerdote celebrante que preside.

Predicar desde el ambón manifiesta que la homilía guarda una estrecha relación con la palabra proclamada ya que ese lugar de la celebración está reservado únicamente para la sagradas Escrituras⁴⁹. Si se hace la homilía desde el ambón, el ministro ordenado necesariamente debe estar de pie.

Predicar desde la sede manifiesta el oficio del sacerdote de presidir la asamblea, quien como cabeza del cuerpo místico de Cristo, que se hace visible en la liturgia⁵⁰, habla a los fieles congregados. Si se hace la homilía desde la sede, el ministro ordenado podría estar de pie o sentado. En la normativa litúrgica postconciliar nada se dijo al respecto hasta el año 1981, cuando al publicarse la segunda edición típica de la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, en su número 26, afirma que «el sacerdote celebrante dice la homilía desde la sede, de pie o sentado, o desde el ambón». Posteriormente, en 1984, el *Ceremonial de Obispos* señaló que el obispo, de modo habi-

⁴⁶ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 136; *Ordenación de las Lecturas de la Misa* (segunda edición típica), 26.

⁴⁷ Cf. *Ceremonial de los Obispos*, 17. 142.

⁴⁸ *Ceremonial de los Obispos*, 42.

⁴⁹ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 309.

⁵⁰ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 50; Mt 18, 20.

tual, predica sentado en la cátedra⁵¹; tengamos presente la importancia de la cátedra como signo de su magisterio⁵² y que la toma de posesión del obispo simplemente se reduce al gesto de sentarse en la cátedra⁵³. Años después, al publicarse la tercera edición típica del *Misal Romano*, se precisó la frase correspondiente a la posición del sacerdote mientras pronuncia la homilía que figuraba en la *Ordenación General* y la redacción inicial, «la homilía se hace desde la sede o desde el ambón»⁵⁴, se convirtió en: «el sacerdote, de pie en la sede o en el mismo ambón, o en otro lugar idóneo, si conviene, pronuncia la homilía...»⁵⁵.

También se puede predicar desde otro lugar idóneo, si se cree conveniente⁵⁶.

3.2. Obligatoriedad de la homilía

La homilía es obligatoria en las misas de todos los domingos y fiestas de precepto por prescripción del número 52 de la *Sacrosanctum Concilium*. Antes del Concilio, como ya dijimos en nuestro breve recorrido histórico, estaba recomendada -sólo recomendada- en los domingos y fiestas de precepto.

Al año siguiente, la instrucción *Inter Oecumenici* de la Sagrada Congregación de Ritos y del *Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia*, en su número 53, recomendó la homilía en los días laborables, principalmente en las ferias de Adviento y de Cuaresma, y en otras ocasiones en que asiste a la iglesia un buen número de fieles.

⁵¹ Cf. *Ceremonial de los Obispos*, 17. 142.

⁵² Cf. *Ceremonial de los Obispos*, 42.

⁵³ Cf. *Ceremonial de los Obispos*, 1145.

⁵⁴ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (edición típica), 97.

⁵⁵ *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 136.

⁵⁶ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 136; *Ceremonial de los Obispos*, 147.

Esta normativa quedó plasmada tal cual en el *Código de Derecho Canónico*, canon 767 §2 y §3. En cambio, en la *Ordenación General del Misal Romano* se añadió, a los días laborables en los que era recomendada la homilía, las ferias del tiempo pascual; así figura en el número 42 de su primera edición, que se convirtió en el número 66 de la tercera edición. En la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, número 25, figura el mismo texto que en el *Misal Romano*.

Más allá de la obligatoriedad de la homilía en los domingos y fiestas de precepto, nos preguntamos si conviene predicar a diario. La respuesta no es simple, esto es, «sí» o «no». La respuesta tiene condicionantes ya que varía según la asamblea que tengamos delante, según sea el predicador... Así, no es lo mismo celebrar misa en un monasterio o en una parroquia, en una gran comunidad o en una pequeña comunidad, ante una asamblea mayoritariamente mayor o de una edad más juvenil. Si se va a predicar diariamente sería necesario, por una parte, que el sacerdote se preparase bien y no deje la homilía a la improvisación ya que de lo contrario terminará diciendo siempre lo mismo convirtiéndose en una rutina y, por otra parte, conviene ser breve con el fin de no «desgastar» la homilía y que los fieles «desconecten» en ese momento, destacar un par de ideas de los textos sagrados para aplicarlas a la vida o algún rasgo de la celebración sería suficiente. Quizá sería apropiado predicar sólo en aquellas misas de diario en la que los textos bíblicos son más complicados de entender y requieren explicación o cuando se inicia un nuevo libro en la distribución de la lectura continuando dando las claves fundamentales del mismo. Y no debemos olvidar que, a veces, un espacio de silencio tras la proclamación de las lecturas produce más efecto, dejando que el texto escuchado resuene en el interior de cada fiel.

3.3. Extensión de la homilía

Sobre la extensión de la homilía solamente encontramos una referencia en la documentación litúrgica postconciliar, pero es bas-

tante imprecisa. Se encuentra en la segunda edición típica de la *Ordenación de las Lecturas de la Misa*, donde en el número 24, entre otras cosas, se dice que la homilía no debe ser «ni demasiado larga ni demasiado corta».

El tiempo que ocupa la homilía dentro de la celebración debería guardar una proporción con el resto de elementos de la liturgia de la palabra, de la cual forma parte. Todos hemos participado en eucaristías donde la homilía ha sido tan extensa como el resto de la celebración junta, ocasiones en las que parafraseando a Quevedo podríamos decir que «érase una homilía a una celebración pegada, érase una homilía superlativa...». Hay sacerdotes que, con el fin de acortar la celebración, suprimen una lectura o eligen la plegaria eucarística más breve, pero no son capaces de acortar ni un minuto su homilía.

Desde una perspectiva psicológica, en una homilía extensa es más fácil que los fieles pierdan su atención; no es fácil mantener a la asamblea siguiendo el discurso más de siete u ocho minutos. Debemos tener presente también que somos capaces de recordar pocas ideas; convienen, pues, menos ideas que dejen huella frente a muchas que queden perdidas; querer decir todo es contraproducente. La misma liturgia, en aquellas ocasiones en las que ofrece un modelo de homilía, como en los ritos de ordenación episcopal, presbiteral o diaconal, presenta un texto no muy extenso: página y media.

Una homilía demasiado extensa hace pensar que el sacerdote confía más en su palabra que en la palabra de Dios, considerando que es su discurso explicativo del texto sagrado el que va a transformar a la asamblea y no la palabra proclamada, donde la liturgia nos recuerda que está presente Cristo⁵⁷. Recordemos que es la palabra de Dios la que es «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del

⁵⁷ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7.

corazón» (Heb 4,12). Seamos conscientes que es la palabra de Dios y no la palabra humana la que da fruto: «Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo» (Is 55, 11). En la vida de san Antonio abad se nos dice que éste decidió iniciar la vida eremítica cuando escuchó las palabras de Jesús en el evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y da el dinero a los pobres» (Mt 19, 21); en ningún momento dice que fuera la homilía lo que le transformó interiormente⁵⁸.

3.4. Tipos de la homilía

La homilía, por su contenido, puede ser de un estilo u otro, aunque en una misma homilía pueden aparecer entremezclados diversos tipos. El ministro ordenado responsable de la predicación utilizará el tipo de homilía que mejor se adapte a la palabra de Dios proclamada y a la celebración en la que tiene lugar, así como a la asamblea concreta que la escuchará. Podríamos distinguir los siguientes tipos de homilía:

- homilía magisterial o catequética: se trata de aquella homilía en la que se ofrece una reflexión que asienta las bases de la fe cristiana⁵⁹;
- homilía mistagógica: se trata de aquella homilía en la que se

⁵⁸ Cf. P. DE ALCÁNTARA, «Antonio abad († 356)», en L. DE ECHEVERRÍA – B. LORCA – J. L. REPETTO BETES (dirs.), *Año cristiano. I. Enero*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002, 351.

⁵⁹ A este respecto, el número 46 de la exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis* del papa Benedicto XVI, recogiendo la proposición de los padres sinodales, invitaba a que, partiendo del leccionario trienal, «se prediquen a los fieles homilías temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana, según lo que el magisterio propone en los cuatro “pilares” del *Catecismo de la Iglesia Católica* y en su reciente *Compendio*: la profesión de la fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo y la oración cristiana».

adentra en el misterio celebrado desentrañando el significado de los signos sacramentales;

- homilía moralizante: se trata de aquella homilía que incide, de modo particular, en el modo de vida propio del cristiano;
- homilía profética: se trata de aquella homilía que lee los designios de Dios en la historia actual manifestando el camino a seguir;
- homilía espiritual: se trata de aquella homilía que alimenta la vida espiritual de los fieles cristianos;
- homilía testimonial: se trata de aquella homilía en la que por medio del propio ejemplo o el de otra persona se ilustra la idea que se quiere transmitir (recordemos que este tipo de homilía, tal y como señala la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* en su artículo 3 §2, puede hacerse en jornadas especiales como el día del seminarista, el día del enfermo, el día del Domund... donde en el marco de la homilía que realiza el ministro ordenado un seminarista o un enfermo o un misionero..., según sea el caso, ofrece el testimonio de su vida);
- homilía dialogada: se trata de aquella homilía en la que el ministro ordenado pregunta cuestiones concretas a toda la asamblea o a algún miembro en particular para que responda en voz alta y, a partir de estas respuestas, ir construyendo su discurso (en el número 48 del *Directorio para las misas con niños* y en el artículo 3 §3 de la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* se permite este tipo de homilía);
- homilía participada o compartida: se trata de aquella homilía que algunos sacerdotes realizan en grupos pequeños donde los fieles laicos presentes en la celebración comparten con el resto de miembros de la comunidad su propia reflexión o sus propias vivencias de fe; no está contemplada por la normativa litúrgica⁶⁰

⁶⁰ En la instrucción de la Sagrada Congregación para el Culto Divino sobre las misas para grupos particulares publicada el 15 de mayo de 1969 *Actio pastoralis* no se contempla esta posibilidad; es más, en su número 6d se rechazan: «los fieles se

ya que la homilía no es el lugar para llevar a cabo esta necesidad de comunicación interior que surge entre los miembros del grupo para consolidar sus lazos fraternales, por lo que habría que buscarle otro lugar (una celebración de la palabra o una *lectio divina* comunitaria o un comentario al evangelio dentro de la propia reunión del grupo correspondiente, por ejemplo); no obstante, si se diera, no debiera faltar la intervención conclusiva del sacerdote quien, a partir de los textos proclamados, ilumina la circunstancias concretas que vive la asamblea.

3.5. Estructura de la homilía

Cualquiera que sea el tipo de homilía que pronuncie el ministro ordenado, ésta debería tener una estructura clara que permita a los fieles seguirla: un inicio significativo, que marque el tema que se va a desarrollar, en el que no sería conveniente volver a repetir o a resumir lo que ya ha sido proclamado en las lecturas bíblicas; una parte central con pocas ideas, para que los fieles puedan retenerlas; y, finalmente, una conclusión que ofreciera una breve síntesis de lo expuesto.

3.6. Silencio

En la tercera edición típica del *Misal Romano* fue revalorizado el silencio dentro de la misa. Ya que no debía estar todo el tiempo de la eucaristía lleno de palabras y gestos sino que había que dar espacio a que el misterio celebrado impregnara en el corazón de los fieles. Concretamente en la liturgia de la palabra se dio la posibilidad de guardar un momento de silencio tras las lecturas bíblicas y

abstendrán de intervenir dentro de la celebración con reflexiones, exhortaciones o cosas análogas». Igualmente, la carta que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos envió a los responsables del camino neocatecumenal el 1 de diciembre de 2005, recuerda que la homilía está reservada al ministro ordenado y que tan sólo se permite insertar testimonios como queda especificado en la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* (cf. *Notitiae* 41 (2005) 564).

también al acabar la homilía⁶¹ para posibilitar el recogimiento de los fieles y la meditación de la palabra de Dios.

Conclusión

Quisiera concluir recordando el texto de la única homilía de Jesús que ha llegado a nuestros días, un modelo breve y conciso. Fue en la sinagoga de Nazaret, un sábado, donde tras leer un pasaje del profeta Isaías, enrolló el libro, se sentó y le puso a decirles: «Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír» (cf. Lc 4,16-21). Con estas palabras debería poder resumirse siempre cualquier homilía, esto es, que en la predicación, tomando luz de los textos bíblicos y litúrgicos, quede iluminada la existencia humana de modo que la palabra de Dios permanece viva y eficaz, dando sus frutos en los fieles cristianos.

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA
Pamplona (Navarra)
Facultad de Teología
Vitoria-Gasteiz

⁶¹ Cf. *Ordenación General del Misal Romano* (tercera edición típica), 56. 66. 136.

